



TONINO el HORMIGUERINO

CUENTO DE
NESBIT



EDITORIAL
TOR



00163242

de orita



EDITORIAL TOR

Soc. de Resp. Lda. - Capital \$ 2.000.000

Río de Janeiro 760 — Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de titeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Ali Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caperucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del zorro
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del more
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Andes a los Andes
- 30 Meñique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Centienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanino el hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododae
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Scuderi
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constancia
- 61 Nicolás y Nicolasa
- 62 Los reales de la reina
- 63 El enfermero del Chache
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feliz
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La hotella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



TONINO EL HORMIGUERINO

I



POCOS saben quién era Tonino. De los pocos, tú lectorcito, serás uno de ellos —siempre que leas, naturalmente, hasta el fin mi cuento.

Tonino era un muchacho natural de Hormigueira.

Hormigueira era un pueblo de filiputienses. Vale decir, un pueblo cuyos habitantes eran chiquitos como hormigas. De aquí el nombre de Hormigueira.

Al abuelo de Tonino le llamaban Tonino el viejo; al padre, Tonino el mediano. El padre de

Tonino murió en la guerra. No a causa de un balazo o bayoneta u otra cosa por el estilo. Nada de eso, Tonino el mediano murió en la guerra, pero a causa de una indigestión de sandía, fruta rica pero peligrosa, de la cual no conviene abusar.

Cuando la madre de Tonino vió que su hijo era blanco como la leche, lanzó un suspiro fenomenal e hizo volar unas cáscaras de nueces que estaban sobre la mesa. Mas esto resultó poco en comparación de lo que acaeció cuando la madre del chico notó que éste no hacía más que reír todo el tiempo. ¡Qué sucedió? Pues, casi nada...

—¡Pedazo de mi corazón! —exclamó aquélla—. ¡Qué porvenir te espera en Hormigueira! ¡Vas a ser alto, blanco y risueño! No te pareces a tu familia. ¡Todos te odian!

Y al pronunciar estas últimas palabras le vino un patatús, luego del cual se lavó la cara, y echó a correr fuera de la casa hasta perderse para siempre.

Tonino el viejo, aunque de no muy buena gana, tuvo que encargarse de la criatura.

—¡Qué le vamos a hacer! —se dijo—. Trataré de ser una madre para él.

Los de Hormigueira estaban en lucha constante con los vecinos, que no eran nada buenos, pues se trataba de una tribu salvaje de indios de piel roja, nariz chata y corazón cruel.

Tonino, con el tiempo, fué creciendo. De piel muy blanca, su pelo, colorado como ají picante, era motivo de no pocos apodosos que le endilgaban sus compañeros de colegio. Unos le llamaban "Cabeza de pimentón"; otros, "Cabeza de za-



*Cuando la madre
de Tonino vió...*

nahoria". Pero Tonino no se enojaba por eso. Al contrario, reía más que nunca, reía a carcajadas, reía hasta exclamar:

—¡Qué gracia tienen estos motes! —y volvía a reír y se apretaba la barriga, y se secaba las lágrimas.

Eso sí. Tonino era excelente muchacho, y de no haber nacido en Hormigueira, hubiera sido el más popular de los niños excelentes. Pero como tenía el pelo rubio y el carácter alegre, además de los sobrenombres ya dichos, le llamaban nada menos que "holgazán".

¿Tonino holgazán? De ninguna manera. Pues mientras los demás chicos de su edad se entretenían en la calle jugando con pelotas de papel y rompiendo vidrios ajenos, Tonino se apartaba en algún lugar silencioso y se ponía a estudiar sus lecciones de colegio. Y ahí se pasaba horas enteras hasta que su abuelo lo llamaba:

—¡Oye, gracioso! ¡Ya es hora de comer!

Tonino, entonces, con buen apetito y mejor talante, sentábase a la mesa dispuesto a dar cuenta de la sopa y del arroz con leche, sus platos preferidos.

Los habitantes de Hormigueira poseían una particularidad asombrosa: corrían de un lado a otro cual si fueran solicitados por los más urgentes negocios o si tuvieran que acudir a una cita de la mayor importancia.

Tonino, intrigado, preguntó una vez a su abuelito:

—¿Por qué son así? ¿Por qué no se sientan a descansar por lo menos para almorzar, como lo hacemos tú y yo?

—Es la raza que no lo permite —contestó el viejo—. Así es el carácter nacional. Todos se parecen entre sí, menos tú y yo. Fíjate en el mismo rey, que anda más aprisa aún que los otros sin ninguna necesidad: el mismo rey que es... que es... que es más noble y activo que los demás, y a quien Dios guarde muchos años.

Este final del discurso del viejo, tan distinto al tono empleado al comenzar, se debió a que había visto venir al rey.

—¿Están maquinando una traición? —preguntó el rey, entrando sin llamar en la puerta ni salu-



El monarca corría por las calles

dar—. Ya saben la pena que señala el Código para los enemigos del Gobierno: apretarle al culpable el pescuezo con tenazas hasta que... bueno... bueno... hasta que no sienta ya dolor.

El rey inspeccionó toda la casa con la mayor rapidez. Revolvió cacharros de la cocina, abrió armarios, olió los restos de comida dejados en los platos, volteó sillas y propinó un tirón de orejas al muchacho.

—¡Mucho cuidado con los chismes! —y escapó a todo correr en busca de otra casa para inspeccionar.

Tonino el viejo hizo una reverencia; su nieto, otra.

Al rey de Hormigueira raras veces se lo veía en el trono. Sus leales súbditos andaban siempre con el ojo avizor porque estaban seguros de encontrarlo a la vuelta de una esquina o cuando menos se lo esperaban.

No había etiqueta para Su Majestad Antonino XIII, pues así se llamaba el rey. Entraba en las casas sin previa invitación, y sorprendía a sus súbditos en el lugar menos pensado.

El viejo y su nieto, una vez que el rey se hubo marchado, sentáronse a la mesa dispuestos a comer.

—El rey Antonino XIII —expresó el viejo— es el más inteligente de los monarcas, ¡y no digamos nada de su bondad!

—Abuelito —interrumpió Tonino—, el rey ya se ha alejado lo suficiente, y no sé por qué no se ha puesto a escuchar detrás de la puerta, de modo que puedes hablar mal de él con toda li-



*Colgaban al alcance
de las manos...*

bertad —y soltó una carcajada que hacía rato la tenía escondida.

El viejo rió también y llevó a la boca la cuchara cargada de substanciosa sopa.

Entretanto, el monarca corría por las calles de su pueblo. Quería que sus súbditos, cada minuto del día y de la noche, se dieran cuenta cabal que su reinado no era pura fórmula, y que él velaba y se interesaba hasta por el más diminuto e insignificante de ellos.

Ciudad rara, en verdad, la de Hormigueira. Etsaba formada por cuevas escarpadas, altas rocas, y en sus calles había profundos precipicios.

Los habitantes en sus hábitos laboriosos, no ejercían comercio ninguno, ni tenían industrias ni fábricas de ninguna clase.

Había vacas muy grandes que daban leche en abundancia todo el año. Las frutas colgaban de los árboles al alcance de la mano.

Una sola cosa preocupaba enormemente a los habitantes de Hormigueira. Era el temor a los

terremotos (sin contar, por supuesto, el agua caliente y los hormiguicidas). En cualquier momento podía sobrevenir un terremoto que aniquilara y redujera a escombros media ciudad. Había meses terribles que se producían de doce a catorce terremotos.

Tonino el viejo era el encargado de los archivos del Registro Civil y sepulturero mayor de Hormigueira. Estos puestos los desempeñaba a maravilla. Sobre todo, ponía especial preocupación en sus menesteres de enterrador, cargo, en verdad, serio, pero el viejo trabajaba sonriente — ni más ni menos, mi buen lector, como tú debes leer este cuento.

Se pasaba horas y horas quitando el polvo y dando brillo a las lápidas. Se sabía de memoria todas las inscripciones, aun aquellas en latín, que, por cierto, no sabía lo que significaban, porque ignoraba el latín como nosotros el idioma de las hormigas.

Apenas cesaba un terremoto, el viejo cuidaba de restituir las losas a su primitivo lugar.

Un día, después de un pavoroso temblor, en circunstancias en que se entregaba a la minuciosa tarea de colocar las lápidas caídas en su lugar, encontró una que lo dejó perplejo.

—Esta lápida —dijo el viejo— no la he visto antes. No conozco esta inscripción.

Llamó a Tonino, que estaba cerca estudiando sus lecciones, y le pidió:

—A ver tú, que eres inteligente, si puedes descifrar esto, pues parece que está escrito en idioma extranjero.

—¡Oye, abuelito! La inscripción está de este

lado. Como las palabras calaban demasiado, transparentaban del revés.

Los dos rieron a mandíbula batiente de su inocente torpeza, pues el viejo había leído mil veces aquella inscripción, que la sabía de memoria:

*Aquí descansa Saturnino Sequeira,
de la Academia de Magia. Muy pronto
se cumplirá su profecía. En el dorso
de la lápida se descifrá.*

—¡Pobre, Saturnino! —exclamó el viejo—. Era feo pero muy bueno. Me parece que lo estoy viendo. Mago de profesión, nadie le daba importan-



Tomó la losa y la acercó a los ojos

cia. El mismo rey lo miraba con malos ojos. Solía divertir con sus juegos de prestidigitación, porque siempre le salían mal. Cuando pedía un sombrero a un espectador para hacer salir de él huevos, conejos y pañuelos, los huevos se rompían, se ensuciaba el sombrero, y el dueño de éste le atizaba a Saturnino una serie de bastonazos.

Caminó el viejo unos pasos para colocar la losa en su sitio, pero Tonino lo detuvo.

—No la coloques todavía, abuelito —habló—. Conviene, ante todo, revisar bien el dorso para juzgar de qué enigma se trata. Yo la restregaré y observaré atentamente. ¿Qué tal era para adivinar lo porvenir Saturnino Sequeira?

—Muy malo. Como profeta era lo mismo que como prestidigitador. No acertaba ni una. Cuando decía mañana va a llover, amanecía espléndido el día. A pesar de ser las gentes aquí muy serias, como sabes, cuando veían a Saturnino no podían reprimir una sonrisa. En los últimos años de su vida le abandonaron las fuerzas, quedó muy débil y apenas daba una predicción de vez en cuando, que, por supuesto, le salía al revés.

El vivaz Tonino trató de que otros chicos compañeros suyos se interesaran por la inscripción del reverso de la losa del infortunado Sequeira, pero no le hicieron caso.

En cuanto dispuso de tiempo, fué donde estaba la losa y comenzó a fregarla con potasa, poivo de ladrillo y piedra pómez. Luego con mucha paciencia y agua y jabón, elementos estos que suelen dejar las cosas claras, logró Tonino descifrar algunas letras hasta que por fin aparecieron palabras enteras. Pudo leer así “montaña”, “leche”,



Era flaco y petiso.

“reinado” y, lo que le causó asombro, su propio nombre: “Tonino”.

—¡Hola! —exclamó el muchacho—. No hay duda que esto se refiere a mí, pues yo me llamo Tonino a secas.

Su abuelo, que permanecía de pie junto a él, le interrumpió:

—También dice “reinado”, lo cual, posiblemente, tendrá algo que ver con nuestro rey. Lo mejor que podrías hacer, sería ir corriendo a palacio y enterarlo al rey, no sea cosa que se entere por sí mismo.

Tonino no oyó las últimas palabras. Salió como cohete encendido, y antes de cinco minutos penetraba cautelosamente en el palacio real.

Antonio XIII, por una de esas grandes casualidades, no se ocupaba en esos momentos en espiar a sus súbditos, y, lo que resulta más asombroso, ocupaba su real trono, en medio de sus hormigueantes cortesanos, afanados todos en hacerse lo más diminutos que les era posible.

Cuando apareció Tonino a su presencia lo recibió jovialmente.

—¡Vamos! ¡Profecías a mí? —respondió el monarca—. Desde que murió Saturnino Sequeira, las profecías carecen de interés. ¡Ese tío sí que era un profeta con toda la barba!

Y prosiguió dirigiéndose a los cortesanos:

—¿Recuerdan a Saturnino Sequeira? Cuando yo era príncipe heredero, me profetizó cierta vez que me encontró comiendo un terrón de azúcar, que yo tal vez llegaría a ser rey. A mi padre, el difunto rey, le agradó mucho esta profecía, y regaló dos monedas de oro a Saturnino, bien lo recuerdo.

Tonino se dirigió nuevamente al monarca:

—Lo mejor sería que Vuestra Majestad viniera conmigo a ver la profecía, pues no hay duda que es la última del sabio Sequeira, y afirma que habrá de realizarse.

—¿Y no puedes traerla aquí? —preguntó el rey.

—Imposible, Majestad, porque la profecía está grabada en una losa sepulcral.

—Bien, Tonino, iremos a ver esa losa. Me canso de estar sentado.

Salieron rey, cortesanos, guardias, heraldos y escuderos con Tonino al frente armando enorme alboroto.

Iban todos más ligero que corriendo por las an-

*Había
sepulcros...*



gostas, oscuras y agrietadas calles de la población.

Llegaron por fin al cementerio, donde había sepulcros, lápidas, mausoleos e inscripciones de la más diversa índole. Una de éstas decía: “No has muerto todavía”; otra: “¡Por fin te fuiste!”; otra: “¡Tanto hablabas y hoy estás mudo!”. Una muy pulida y lustrada ostentaba: “El brillo que te faltó en vida, lo tienes en la lápida”.

“Tonini, saltando como gamo, iba delante de todos. Acercóse a la losa en cuestión y, tomándola con ambas manos, sin hacer gran esfuerzo, la levantó ante los ojos del rey, diciéndole:

—La inscripción se lee claramente, Majestad.

Acercóse el soberano a la piedra, y leyó:



Iban todos más li



ros que corriendo.

“Cuando Tonino beba la blanca leche de la Montaña Azul, nadie en el país habrá más alto que él; vivirá mil años reinando, y la población será feliz y no le faltará pan.

¡Viva Tonino!

S. S. S.

Saturnino Sequeira”.

Leída la inscripción, el rey, poseído de entusiasmo, exclamó:

—¡Ya me parecía a mí!

—¡A Su Majestad ya le parecía! —asintieron los artesanos.

—¡Y Tonino soy yo! —prorrumpió el rey, echando una mirada relampagueante a los presentes.

—¡Tonino es Su Majestad! —volvieron a asentir los demás.

—¡Soy el rey Tonino XIII! —exclamó el monarca.

—Su Majestad se llama Tonino —repetieron otra vez los circunstantes.

—Además —prosiguió el rey, paseando una mirada terrible sobre la multitud—, nadie en Hormiguera se llama Tonino, excepto yo.

Nuevo asentimiento de la multitud. Un cortesano más adúlón que los otros, gritó:

—¡Viva nuestro robusto y gigantesco rey Tonino XIII!

A Tonino el viejo se le heló la sangre en las venas, y se puso más amarillo que el ámbar.



—¡Soy el rey Tonino XIII!

Pero Tonino el pequeño, ante el asombro de todos, se animó a decir, muerto de risa:

—¡Ja, ja, ja! Yo me llamo Tonino.

—No oigo bien —dijo el rey, echando al muchacho una furibunda mirada.

—Digo, Majestad —repitió el chico— que yo me llamo Tonino.

—No te llamas Tonino. Tú te llamas... te llamas... (no se le ocurría otro nombre al rey y quedó callado).

—¡Tonino!

—¡Recorcho! —gritó el rey lleno de ira— ¡Guardias; lleven a este Cabeza de Pimienta al Palacio de los Tormentos, y que trabe amistad con la Foca Mayor!

Llevaron a Tonino al Palacio de los Tormentos, y tuvo el disgusto de conocer a la Foca Mayor, apodo del repelente verdugo de Hormigueira. En

cuanto llegó Tonino a su presencia, lo tomó de los cabellos y le atizó una formidable paliza con un palo cuya madera era de lo mejorcito que producía el país.

Al fin de cuentas quedó en llamarse Ernesto Serapio, y lo pusieron en libertad bajo fianza.

De vuelta a su casa, con el recuerdo fresco de las caricias de la Foca Mayor, decía Tonino:

—Aunque no quiera el rey petiso, me llamo Tonino, y no hay nada que hacerle.

Salió a la calle y caminó errante por los escarpados arrabales del pueblo.

Pensando siempre en la profecía, se puso a mirar el paisaje que se extendía a sus pies. Nada de interesante tenía. Era un dilatado bosque de verdes bambúes. Más lejos, mucho más lejos de este bosque, veíase el comienzo de la imponente selva Mayor, a la cual nadie se había atrevido a llegar.

Esta selva inmensa merece una ligera descripción. Los árboles tenían hojas cien veces más grandes que Antonino XIII. Tan gigantescos eran los árboles que cada uno de sus troncos podía albergar países enteros. Por encima de todo extendíase el cielo, como no podía menos de suceder.

Tonino comenzó a caminar y se dirigió al bosque de bambúes.

Por más que miraba por todas partes no veía ninguna montaña azul.

Después de mucho andar, vió de pronto, a lo lejos, que la inmensa selva se agitaba y estremecía, apartándose de uno a otro lado sus árboles, cuyas hojas, al moverse, daban un aire terriblemente tempestuoso.

*Maltrecho y sin
fuerza...*



Tonino, a pesar de ser valiente, se puso a temblar, pero no se movió de su sitio.

—Esto debe ser un terremoto —pensó, y esperó animosamente los acontecimientos.

Y su coraje obtuvo la recompensa que el coraje merece.

Pasado un momento, los árboles de la gran selva se apartaron, y una figura realmente gigantesca, saliendo de la espesura, penetró en el bosque de bambúes, casi como yendo al encuentro del muchacho.

La extraña figura llevaba en las manos un enorme tazón blanco, tan grande, que podía navegar en él un bosque.

Con la mayor naturalidad sentóse la figura entre los bambúes, y, al sentarse aplastó miles de plantas. Con una cuchara tan grande como cuatro veces el salón de gala del palacio real, empezó a sacar líquido del tazón llevándolo a la boca.

Tonino pensó en seguida que aquel líquido era leche, y que la niña gigante estaba haciendo su merienda. Cuando se fijó en su inmenso vestido, vió que era de color azul. Entonces no le cupo más duda: allí estaba la Montaña Azul, y el líquido del tazón era de leche, "la leche de la Montaña Azul" de la profecía de Saturnino Sequeira.

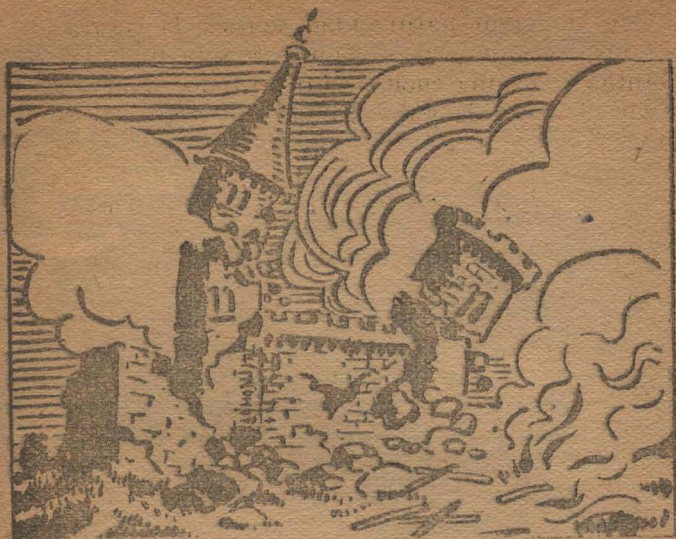
Tonino siguió inmóvil en su sitio unos instantes. Luego, dándose una palmada en la frente, dió un brinco y echó a correr a todo lo que daban sus piernas —doloridas aún por la zurra de la Foca Mayor— en dirección al palacio real.

En ese instante, el rey, según acostumbraba, salía precipitadamente del palacio, y Tonino, que también llevaba una velocidad de mil demonios, no pudo contener su carrera y llevó por delante a Su Majestad dejándolo sentado en el suelo.

No bien Tonino hubo terminado de hablar, todos se dirigieron a las afueras del pueblo, pero no vieron la Montaña Azul.

Entonces el rey, delante de sus cortesanos, dijo a Tonino lo que pensaba de él, que, por supuesto, no era nada grato, y lo menos que le dijo fué embustero.

—No soy embustero —replicó el valiente Tonino—. Lamento ahora haber contado lo que he visto. Más me hubiera valido guardar el secreto y aprovecharme yo solo...



Esto debe ser un terremoto...

El rey le dirigió una mirada centelleante, y Tonino, recordando a la Foca Mayor, prosiguió:

—Me llamo... Ernesto Serapio —y calló confundido y ruboroso, pero sonriente.

—Ya sé cómo te llamas —contestó el soberano—. Si la Montaña Azul en realidad existe, cosa que no lo creo, lo mejor que podrías hacer sería ir a traerme un poco de la leche de su tazón.

—¿La traigo en jarra o en botella? —preguntó Tonino.

El rey quedó pensativo.

—Te daré mi valioso jarrón que lo guardo como recuerdo de familia —dijo luego—, y procura traerlo bien lleno. Serás regiamente recompensado.

Tomó el muchacho el jarrón real, que ostentaba la inscripción "Al estupendo rey de Hormigueras. Recuerdo de su primo Josecito", y retornó a su casa para despedirse de su abuelo.

Besó al viejo y emprendió su difícil y penoso viaje.

Lo realmente difícil de la marcha se presentó al ir dejando atrás el bosque de bambúes para tomar el desconocido camino de la selva Mayor.

El viaje iba resultando más largo de lo que había imaginado. El jarrón real casi le servía de estorbo. Temía a cada instante que se le rompiese, cosa que le ponía los pelos de punta, pues poquita ira se llevaría el rey si se rompía aquel recuerdo de familia con tan cariñosa inscripción. Difícil sería sustituirlo. Pocos jarrones quedaban de esos. Ya no se fabricaban de tan buena calidad.

Por fin la luz del bosque empezó a brillar más.

Tonino se acercaba a un claro entre árboles. Entró en él con cautela, poquito a poco.

Salió de la enramada y advirtió un gran espacio abierto formando circunferencia. Había millares de árboles caídos, y plantas marchitas y aplastadas.

El muchacho comprendió que ése era el lugar donde la Montaña Azul se había sentado a ingerir su merienda. Pero Tonino no veía por allí ninguna clase de montaña.

—Lo mejor que puedo hacer —se dijo— es esperar sentado. No sería difícil que la Montaña Azul venga otra vez a este lugar a beber su tazón de leche.

Miró alrededor buscando un lugar de descanso en que pudiera estar seguro, y pronto encontró lo



Y llevó por delante a Su Majestad.

que necesitaba: una pequeña cueva cuyo techo estaba formado por espeso ramaje.

En esta cueva se pasó Tonino todo aquel día y la noche siguiente, alimentándose con la fruta de los árboles caídos, y teniendo siempre al alcance de la mano el precioso jarrón.

A la mañana siguiente oyóse roce de árboles que se agitaban. Era el ruido de algo enorme que avanzaba arrasando todo a su paso.

¿Qué vió Tonino?

Tonino vió a la Montaña Azul que se acercaba dando grandes pasos y abatiendo los árboles.

Entonces, cautelosamente, salió de la cueva.

Se hallaba demasiado cerca para ver totalmente a la Montaña. Sólo tenía ante sí un gran pliegue de su vestido azul.

Alzó la mirada, y en lo alto relucía un vasto rondel blanco, que no era otra cosa que el gran tazón.

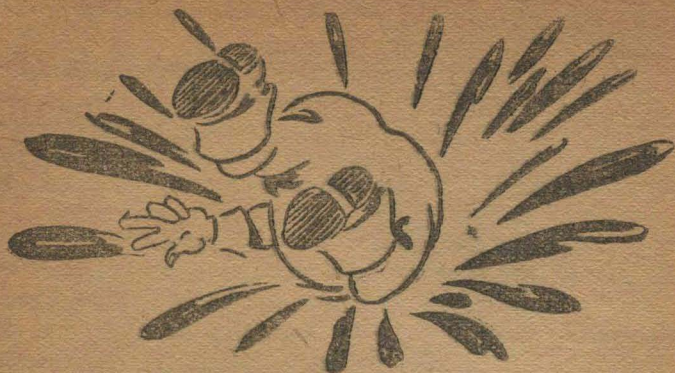
El muchacho empezó a trepar por el pliegue azul. Era como grueso lienzo almidonado, y soportaba su peso como si fuera el de un mosquito en una pared.

La ascensión resultó larga.

Tonino lanzó un profundo suspiro de satisfacción cuando se encontró en el regazo de la Montaña Azul, desde donde veía la amplia base del enorme tazón.

Haciendo dificultosos esfuerzos, empezó a subir despacio con maña y precaución, apretando contra su pecho el jarrón real.

Su respiración se tornaba fatigosa conforme iba subiendo, pero, al fin, se vió triunfalmente en lo alto de la gran manga azul. De ahí, fácil le resul-



Cayó de cabeza en el inmenso lago

taba arrastrarse hasta el borde del cuenco, y al cabo hallóse en la resbaladiza orilla del enorme tazón, viendo a sus pies el gran lago de leche con fabulosos trozos de pan que flotaban en él.

Sufrió un repentino mareo, la cabeza le dió vueltas, y Tonino, perdiendo pie, pero sin soltar el jarrón, cayó de cabeza en el inmenso lago de leche.

—¿Cómo voy a arreglármelas para salir de aquí? dijo el muchacho—. Tal vez no lo consiga nunca; pero si lo consiguiera, lo mejor que puedo hacer es llenar el jarrón —e inclinándose en el trozo de pan, hundió la vasija en el lago de leche.

No bien hubo terminado esta operación, estalló de improviso a sus oídos un estruendo como un cañonazo. Casi queda sordo, y el susto fué tal que estuvo a punto de soltar el precioso pichel.

Una ola de leche lo cubrió hasta la cabeza. El tazón se inclinó a un lado y hubo un terrible choque.

El tazón había quedado en el suelo. Tonino com-

prendió que la Montaña Azul lo había visto y había lanzado un grito.

¿Qué pensaba hacer la niña gigante? ¿Lo mataría? ¿Lo aplastaría con el dedo?

De repente vió que por el borde del cuenco asomaba la rama de un árbol que se dirigía a él y lo empujaba juntamente con su trozo de pan hacia el borde de la vasija.

¿Iba a ser aplastado? No, por suerte.

La extremidad de la rama quedó apoyada a su lado y suavemente lo empujaba hacia arriba. Comprendió entonces que la Montaña Azul no era un ser sanguinario. No lo iba a aplastar. Trataba solamente de ofrecerle un modo de escapar. Presto encaramóse en la rama, pero cuando estaba a punto de salir, la niña gigante tiró la rama a un lado, y Tonino fué a dar de bruces y con estrépito en medio del bosque.

Cuando Tonino volvió en sí, lanzó un grito de incontenible alegría al ver intacto el jarrón real y lleno de leche.

Jamás pudo contar Tonino cómo volvió a su casa.

Cuando presentó el jarrón al monarca, éste miró el contenido y dijo:

—Esta leche es muy espesa.

—Claro, pues es de vaca gigante —contestó el chico—. Mejor será que la beba, y veremos qué ocurre.

—¡Cualquier día! —exclamó el rey, que era más desconfiado que gallo tuerto—. ¿Y si fuese veneno? Necesito que la analicen.

—Como Su Majestad disponga. Pero debo recordarle que Su Majestad me prometió una recom-

*¡Esta leche es muy
espesa!*



pensa. Y no la escatimaría si supiera cuánto me ha costado conseguirla, pues poco faltó para ser aplastado.

—¡Recompensa, recompensa! —prosiguió el monarca, que inspeccionaba cuidadosamente el jarrón—. Quieres recompensa después de haberme roto el jarrón, recuerdo de mi primo Josecito. ¡Buena recompensa mereces! Más valiera que te mande a saludar a la Foca Mayor.

Apenas oyó esto Tonino, puso pies en polvorosa.

Corrió a casa de su abuelo, pero no encontró a nadie. No había más que una carta sobre la mesa del comedor.

La carta decía así:

“Querido nieto: El rey se niega a creer que yo me llamo Pedro Serapio, tal como dolosamente hi-

ce figurar en el Registro Civil. No tengo más remedio que huir cuanto antes. Te aconsejo que hagas lo mismo que yo. Te abraza tu infortunado abuelo”.

Estaba ya Tonino por seguir el consejo del viejo, cuando apareció inopinadamente el rey con un montón de guardias. Apareció como siempre, esto es, sin llamar a la puerta ni saludar.

Los guardias revolvieron toda la casa. Destrozaron y rompieron cuanto hallaron a mano. Cuando ya no hubo nada por destruir, agarraron a Tonino por las orejas y lo llevaron a la cárcel.

De acuerdo con la resolución real, al día siguiente se reunió el Tribunal para juzgar al muchacho.

Cuando le preguntaron su nombre, contestó:

—Me llamo Tonino.

A punto estuvo de ser ahorcado ahí mismo, pues Antonio XIII se puso furioso, y bailaba de puro coraje. Fué preciso que sus ocho ministros le ayudaran a calmar su agitación.

El juicio continuaba.

Se acusaba a Tonino de tentativa de envenenamiento al rey.

Miró Tonino al tribunal y se convenció que aquello se iba poniendo muy feo para su pellejo.

—¿Qué tiene que alegar para su defensa? —le preguntó el juez.

—¿Qué voy a alegar si no escuchan razones?

—Debo advertirle —interrumpió el fiscal— que cuanto diga se volverá en su contra.

—¡Ya lo presumo! —contestó el muchacho—. ¡Únicamente lamento no haberme bebido la leche!

—¡Que se la beba! —gritaron los de la barra.

Lo apuró de un sorbo.



—¡No! —interrumpió el rey presuroso—. ¿Y si no es veneno? En tal caso podría tomarla yo.

Intervino el fiscal:

—Su Majestad, por las dudas, no debe tomarla. Si es veneno, el acusado merece beberla, y si no lo es...

Sobrevino una gritería ensordecedora: que era veneno y que no lo era.

Tonino, alzando la voz cuanto pudo, gritó:

—¡No es veneno, sino leche! —y, tomando de improviso el jarrón, se lo llevó a los labios y lo apuró de un sorbo. Inútil fué el esfuerzo del carcelero para impedirlo: Tonino no le dió tiempo.

Atónitos quedaron todos, y el muchacho, muy suelto de cuerpo, con el jarrón vacío en la diestra, caminó tranquilamente hacia la puerta de salida, sin que nadie osara detenerlo.

No bien hubo salido a la calle, experimentó un repentino cambio: crecía, crecía y, crecía. Rápidamente se alejó del pueblo, comprendiendo que pronto sería chico para contenerlo.

De pronto vió a la Montaña Azul, que era una agraciada niña con vestido de ese color, y no más alta que él.

—¡Bien venido! —saludóle la niña—. ¿De dónde sales?

—De mi pueblo —contestó Tonino.

—¿De allá abajo? —preguntó ella, inclinándose hacia el suelo—. Eso no es un pueblo, tonto; es un hormiguero.

—Tonino contó entonces, con todos los pormenores, la historia de Hormigueira, del rey Antonio XIII, de su abuelito, de la profecía de Sequeira, y las peripecias que había sufrido.

—Muy bonito tu cuento —aprobó la niña—. Mira allá abajo y verás a tu pueblo.

Tonino se inclinó y vio a Hormigueira que no era más que un modesto hormiguero. Reconoció al rey que caminaba, como siempre, apresuradamente, lo tomó con dos dedos y lo depositó en un montón de basura pisándolo con el tacón.

—¡Ahí tienes tu merecido, raquítico y petiso rey Antonio! —exclamó el muchacho.

—¡Déjate de reyes y tonterías! —dijo la niña—. Te invito a tomar el té en mi casa. Te presentaré a mis padres.

Tonino aceptó la invitación y fuése con la Montaña Azul, cuyos padres acogieronlo amablemente.



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 28 de julio de 1945.

Printed in Argentina

3040

Impreso en la Argentina

Sc
LJ
C-LA
53



CUENTOS INFANTILES

LA ABEJA

53



Wentony